

Sección Bibliográfica

A cargo de Oscar Uribe Villegas, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la U. N. A. M.

DE MORAES FILHO, EVARISTO: *Profetas de un mundo que morre*. Companhia Editora Leitura, 1946.

Fino bisturí de crítico analítico es el que esgrime este señor del desenfado amable y elegante que es Evaristo de Moraes Filho, quien, a pesar de la honddura que su crítica alcanza por momentos, no deja al lector ese sabor acibarrado al que tantos autores nos tienen acostumbrados; por el contrario, queda flotando en sus páginas una a manera de sutil ironía para la que muchos críticos parecen negados.

Formado en la disciplina liberadora de las humanidades, tal parece que la vista de Moraes Filho fuese capaz de descubrir en primera instancia de acercamiento, las hipertrofias e hipotrofias que convierten a menudo al especialista a ultranza en un ser de-forme que, con exceso de osadía, se cree facultado para opinar sobre todo lo divino y sobre todo lo humano.

Y no se piense que al ejercitar la crítica, Evaristo de Moraes lo haga con el propósito de dar simplemente cátedra de

donosa burla; menos aún que le lleve a tales extremos el sentar plaza de docto y maestro mirando por sobre el hombro lo producido por otros; no, su actitud obedece a un propósito más noble: el destructivo de los falsos ídolos que como generación parásita crece en ese magnífico caldo de cultivo que es una época crítica, en momentos en que —como en los actuales— tal parece que nos encontramos ante “un mundo que morre”.

Tres falsos profetas son emplazados ante el tribunal del mundo; tres hombres que quisieron llenar la Tierra con su nombre y que, por modos diferentes, sólo fueron muestras del barroquismo de todo lo mezquino que —sin méritos— pretende escalar la altura. Carrel, Keyserling, D'Annunzio, son sus nombres.

El examen más sesudo de entre los que cada uno de ellos merece a Moraes Filho es seguramente el primero, el relativo a Alexis Carrel; asimismo es éste el enfoque crítico más sistemáticamente llevado de los tres, el que al sociólogo puede importar más, y el que puede ser más útil para “monsieur-tout-le-monde” ya que el prestigio científico del enjuiciado, así como la popularización de su

obra le convierten en una amenaza, más temible por encubierta, que los desplantes de turista y mago propios de Keyserling, o que los alardes teatrales del caricaturizador de Nietzsche, G. D'Annunzio.

Carrel surge, tras el análisis de Moraes Filho, como un anticuado, de visión catastrófica, faltó por completo de cultura general y de conocimiento filosófico, dubitativo o escéptico fuera de su laboratorio, dogmático dentro de él, empirista que revive el naturalismo lírico de Rousseau, carente de sentido crítico, con una proclividad pueril a aceptar determinadas afirmaciones aún cuando no cuenta con pruebas objetivas que adveren lo que se le ofrece, con una estrechez de especialista que tiene que asustar a quienquiera que tenga la pupila hecha a la contemplación dilatada de lo integral humano.

Moraes Filho afirma que Carrel es un anticuado que pretende modernidad y lo prueba, puesto que, según hace observar, ya Sócrates había dicho que somos unos desconocidos, y, antes de que Carrel nos considerara como medida de todas las cosas, Protágoras nos había colocado en esa posición. Afirma que le falta cultura general, y lo prueba, haciendo ver que "este médico que filosofa entre enfermos" ha sido incapaz de contemplar en el hombre una dimensión distinta de la biológica, ya que tacha a la sociología de pseudo-científica, llegando a afirmar que sus procesos son totalmente desconocidos, con lo cual muestra que ignora, o que prefiere fingir que ignora los trabajos de Wiese respecto de esos mismos procesos sociales, los logros de la antropología cultural, de la etnología de la lingüística, de la psicología social y de la sociología aplicada.

El crítico brasileño asume la defensa de la disciplina y del gremio y, en rompiendo lanzas a favor de una y de otro, subraya que "Sólo por muy mala voluntad se puede negar la eficacia de la sociología en nuestros días: [puesto que] ninguna ciencia es tan humana, ninguna tan actual."

De nuevo se demuestra lo hipotrófico del conocimiento general de Carrel cuando en lugar de llegar hasta el final del camino a la manera de Boas, se queda a la mitad, y considera que la eugenesia es una panacea creadora de élites (con lo que desemboca en el nazismo), sin tomar en cuenta —con el estudioso de los esquimales de Baffin o con el médico-sociólogo Oppenheimer— que es inútil cualquier esfuerzo que se desarrolle en favor de lo biológico (ya sea genético o fenético) si esta acción no va acompañada de un mejoramiento previo de las condiciones sociales de los pobres.

Una comprobación más de la acusación que hace Moraes Filho a Carrel es la que estriba ¡cómo increíble extremo! en la ignorancia de lo biotipología y de las clasificaciones ofrecidas por Viola, por Kretschmer, por Pende, de los trabajos de Marañón y de tantos otros que han ocupado sus vigiliias y sus veladas al estudio de este aspecto tan íntimamente relacionado con las disciplinas que el propio Dr. Carrel estudia.

Si esto sucede así en campos de colindancia tan cercana con el que le es propio, no podía menos de ocurrir algo semejante en los que le son ajenos y remotos; así, Carrel afirma el retardo del organismo humano frente a la técnica, pero es incapaz de ver con Ogburn, el retraso (*the cultural lag*) de la cultura humana en general respecto de esa misma técnica. Por esta falta de ilu-

minación de la zona de conocimientos, Carrel es incapaz de dar una explicación sociológica que complete y corrija las puramente biológicas que da para tratar de despejar la "incógnita del Hombre".

La crítica no puede ser más apropiada, ya que en el momento en que la crisis abre sus fauces es cuando más se precisa de un apoyo firme y no de uno fingido que lo único que hará será ayudarnos a caer más pronto al apoyar sobre base tan inestable el peso de nuestro cuerpo y... más aún, de nuestro espíritu.

DIEGUES JUNIOR, MANUEL: *Etnias e culturas no Brasil*. Os Cadernos de Cultura. Río de Janeiro, Brasil. 1952.

A Manuel Diegues Junior puede considerársele como un especializado sociólogo empeñado en desentrañar los misterios encerrados en la complejidad étnica, social y cultural del Brasil. Sus estudios monográficos son lo bastante conocidos como para dispensarnos de su mención en esta nota; sus trabajos de conjunto —a cuya categoría pertenece éste— tienen esas dos virtudes que, al decir del padre Gracián, se prestan mutua relevancia: brevedad y densidad de contenido.

Diegues Junior se nos muestra en este libro capaz de realizar la hazaña de delinear en 75 páginas el panorama vasto y complejo de las relaciones raciales y culturales en el Brasil; relaciones que se inician desde la temprana época en

que Pero Vaz de Caminha, cronista de la expedición de Pero Alvares Cabral, muestra sus capacidades de etnógrafo y sociólogo en sus descripciones de los pueblos nativos y en las de los primeros contactos entre los lusitanos y los aborígenes brasileños.

A partir de esa época, el panorama se despliega ante nuestra vista en toda su amplitud: a las primeras influencias mutuas entre los portugueses —que muestran lo opimo de sus capacidades adaptativas— y los indígenas belicosos poseedores de una energía en pleno período de expansión, se viene a agregar pronto un tercer elemento disímil tanto antropológica como cultural y lingüísticamente: el negro.

No obstante la belicosidad de las tribus indígenas, el portugués pronto se nos aparece como colonizador más que como conquistador, y la vida de interacciones raciales y culturales de las primeras épocas del Brasil adquiere la triple determinación de latifundista, monocultivadora y esclavista.

Sin embargo, el lugar geométrico de los intercambios culturales y sociales puede ser, en términos generales, la hacienda o "fazenda", pero esto no es siempre así, y en cada región aparecen determinaciones tópicas características: los ingenios en el litoral, los corrales o haciendas de ganado en el interior "nordestino" los núcleos agro-extractivos en la Amazonia, las vetas de oro y diamantes en el centro interior, las estancias gauchas en el sur.

Y como la localización, la misma estructura étnica de los tres grupos primitivos favorece la fragmentación calei-